

Vidas paralelas: Churchill y Hitler

Por Enrique Lacolla

Hitler, Churchill: trayectoria y proyecciones.

El rol del individuo en la historia nunca va a dejar de provocar reflexiones. Los casos del político inglés y del jefe alemán suministran un material casi inagotable y pueden ser un portal óptimo para descubrir la historia contemporánea a los jóvenes.

Creo que el asunto de este trabajo va a provocar cierto asombro entre los lectores habituados a la interpretación corriente de la historia contemporánea, fundada en presunciones de largo tiempo establecidas. ¿Cómo comparar, en efecto, a quien es considerado como el adalid de la democracia, con el déspota que fue el principal factótum de la segunda guerra mundial? ¿Cómo asimilar al extrovertido y aristocrático líder inglés, con el jefe de orígenes provincianos, resentido e iracundo que encaminó a su país al abismo? ¿Cómo conciliar al estratega global y político conservador que promocionó la Gran Alianza ruso-británico-norteamericana y luego inauguró públicamente la guerra fría, con el revolucionario poseso por una idea fija que exterminó a la judería europea y que se lanzó a una aventura mundial en la cual se jugaba el todo por el todo? Las conexiones existen, sin embargo. Quizá menos que en el caso de la comparación Hitler-Stalin, recurrente en muchos historiadores a partir del magnífico estudio de Alan Bullock,ⁱ pero los vínculos –ideológicos y psicológicos- entre el premier británico y el Führer alemán están allí para quienes estén dispuestos a no cerrar los ojos ante ellos.

En las personalidades de Hitler y de Stalin las coincidencias psicológicas eran pocas, aparte de su común determinación a proceder con decisión implacable y de su gran habilidad política. Pero entre el frío y pragmático “Vozhd” bolchevique y el Führer poseído por una concepción fáustica del destino, había un mundo de diferencias. Stalin era malignamente astuto y desconfiado, en especial de su entorno próximo; sus relaciones de amistad eran superficiales y oportunistas, y estaba decidido a inferir contra su propio pueblo a una escala inusual, determinado por una idea de ingeniería social que no medía el sacrificio humano, y por un instinto de conservación del propio poder que le hizo exterminar a toda la vieja guardia bolchevique. Su visión del mundo exterior sin embargo se atenía al primado de las reglas de la “realpolitik”, vigilando cuidadosamente sus propios pasos. Hitler no era menos impiadoso, pero su energía se orientaba sobre todo hacia afuera. Salvo en el momento en que debió elegir entre los extremistas de su partido que querían una revolución antiburguesa radical, y el ejército del cual había sido agente, no hubo purga en el seno del NSDAP al estilo de las de Stalin. Liquidados Ernst Röhm y la cúpula “de izquierda” de la SA, para Hitler el enemigo fueron los países que propendían a coartar y ahogar la “misión alemana”: el pueblo germano era depositario de una tarea sagrada a los ojos del Führer, tarea que no era otra que la de liderar a Europa y occidente. De ahí su odio a los factores que él juzgaba exógenos, como los judíos, y a las razas que estimaba inferiores. Que esta ecuación irracional velase el móvil profundo de su política, es decir los intereses del imperialismo alemán y la voluntad de este resolver los problemas económicos del capitalismo germano a través de la conquista, no anula la naturaleza alienada de su representante. Esta naturaleza lo llevó a destruir

lo que él amaba (o decía amar): su propia nación, a la que sólo salvó de un perdurable eclipse la necesidad que tenían las potencias occidentales de contar con Alemania para enfrentar al aliado que había ganado la guerra por ellos: la Rusia soviética.ⁱⁱ En contraste con Stalin, Hitler, a pesar de que meditaba mucho sus jugadas, era propenso a apostar fuerte y fue esta inclinación, en la que había mucho de impulso suicida, lo que lo llevó primero a un triunfo incomparable y después a un apocalipsis que ya estaba contenido en la victoria lograda previamente.

Su común desprecio por la vida humana y su indudable habilidad política, aproximaban a Hitler y a Stalin. Pero también hay factores sugerentes que permiten establecer ciertos paralelismos entre el jefe alemán y Churchill. Para percibir los elementos que mancomunan a Hitler con el líder inglés, hay que detenerse en el examen de los principales espacios en los que ejercieron su acción. Y que pueden dividirse, someramente, en tres campos:

- 1) La comprensión de la historia y la concepción del mundo que sostenía a ambos personajes, y su disposición personal ante la guerra.
- 2) Su visión estratégica y táctica.
- 3) Su racismo , expreso o disimulado, pero vigente en el fondo de su sensibilidad como factor que los predisponía a decisiones despiadadas.

Dos tipos singulares

Aunque en los asuntos humanos el decurso de los factores estructurales que componen la historia son determinantes para su evolución, el rol de los personajes singulares es asimismo decisivo para acelerarla o retardarla, para corregir y moderar su curso o para hacerla correr a marchas forzadas; y también para promover o restringir sus horrores. Dígase lo que se quiera, sin Napoleón la Revolución Francesa no hubiera removido a Europa hasta sus entrañas; sin Lenin y Trotsky la Revolución Rusa no hubiera triunfado, y sin Stalin no hubiera pervertido y envenenado sus orígenes hasta el punto en que lo hizo. Y sin Hitler la segunda guerra podría no haber tenido lugar, o bien haber seguido un curso diferente. En este sentido Churchill no resultó un personaje tan determinante ni tan dramático: si tuvo esa potencialidad, el sistema británico del que formaba parte y al cual sinceramente adhería, excluía la posibilidad de la emergencia de una personalidad de esa laya.

Winston Spencer Churchill fue un estadista original, un escritor y un periodista brillanteⁱⁱⁱ. Esto fue parte también del éxito que alcanzó su proyección escénica como político, ámbito en el cual se destacó también como el más resonante y elocuente de los oradores parlamentarios de su país. Su noción del mundo estaba informada por la concepción imperial del *Rule Britannia* y por el racismo inherente a todo imperialismo y a la aristocracia de un imperio. Hace falta poder despreciar a los pueblos a los que se explotaba si se quiere vivir en paz con la propia conciencia. El joven oficial de caballería que hizo sus primeras armas en la India mantendría a lo largo de toda su vida esa percepción del mundo que lo concebía dividido en razas superiores e inferiores. Profesaba la creencia de Kipling de que “El Este es el Este y el Oeste es el Oeste, y jamás se encontrarán”.

Rápidamente se convirtió en un político ambicioso, provisto de impulsos de generosidad que reconocía a sus connacionales, fueran del rango que fueren, cierto derecho a la justicia y a la igualdad de oportunidades, en especial cuando existían urgencias exteriores de carácter imperativo. Esta disposición generosa no se extendió sin embargo a las poblaciones de las colonias y a los “pueblos inferiores”, como tendremos ocasión de ver más adelante.

Hitler tuvo orígenes muy distintos. Nacido en el seno de una familia de clase media cuyo jefe era un inspector de aduanas, tuvo una formación educativa irregular e incompleta. Era propenso a la divagación y a la admiración por el arte clásico o romántico. Despreciaba la rutina del esfuerzo cotidiano. Su escaso brillo en los estudios primarios y secundarios tenía puntos de contacto con la trayectoria escolar de Churchill, quien tampoco se destacó en sus estudios, más bien al contrario.



Churchill niño (a la derecha) con su madre y su hermano.

El niño Winston fue, en efecto, un alumno poco aplicado, (“un holgazán brillante” lo llama François Kersaudy en su biografía)^v, quizá como reacción de la escasa o nula atención que le prestaban sus padres: el parlamentario y ministro Randolph Churchill, con una carrera detonante truncada por los estragos de la sífilis, y Jenny Jerome, la hermosa millonaria norteamericana que había concurrido a embellecer a la rancia familia de los Marlborough y a henchir su

faltriquera, un fenómeno bastante común en la aristocracia británica de entonces. El encuadre social que contenía al joven Winston lo preservó de la errancia bohemia de Hitler, que no tenía los medios para sostener el estilo de vida divagante y ocioso que adoptó en su primera juventud, lo que por momentos le hizo rozar la posibilidad de caer en un sórdido lumpenaje.

Otro elemento que acercaba a nuestros dos personajes era su inquietud artística. Ambos se preocupaban de pintura. En Churchill posiblemente se trató de diletantismo, pues a floró tarde y como escape, probablemente, al aislamiento político en que se encontró después de Gallípoli y durante la década de 1930. Fue entonces que comenzó a pintar paisajes. Su vocación de escritor, en cambio, lo acompañó desde el comienzo y estuvo vinculada primero a la práctica del periodismo y a la lectura de los clásicos, lo que posiblemente dotó a su obra posterior, compuesta de memorias, libros de historia y miles de artículos, de esa resonancia y de ese carácter envolvente y atractivo que lo ayudaron a convertirse en un éxito de librería y le consintieron un pasar económico bien surtido, a pesar de los gastos que le suponía el mantenimiento de un estilo de vida “flamboyant” y despreocupado.

En Hitler la vocación artística tuvo un carácter más bien atormentado y frustrante, que dio lugar a que estudios psicoanalíticos a posteriori atribuyesen al fracaso de su intento por ingresar a la Academia en Viena, para aprender pintura, buena parte de la capacidad de rencor que desplegaría

a lo largo de su vida. Fue siempre un entusiasta de la arquitectura y de la música, en especial la de Wagner. Sus fracasos para dar libre curso a este tipo de inquietudes y su incapacidad para conseguir esa clase de logros, debe haber influido para que moldease su vida como una obra de arte trágica al estilo de Los Nibelungos, con “Götterdämmerung” incluido.

William Manchester^v definió a Hitler y Churchill como “haters”, “odiadores”, es decir, como personas capaces de resentimientos poderosos y perdurables, y eventualmente implacables. Sin embargo ambos poseían, cada cual en su estilo, dotes seductoras; aunque, como se desprende la lectura de sus biografías, en el caso de Churchill provenían de su espíritu desenfadado y de su sentido del humor, amén de sus dotes de anfitrión cordial y simpático, mientras que en Hitler aparentemente surgían del contrapunto entre su hipnótica capacidad de convicción en las arengas –públicas o privadas- y la buena educación pequeño burguesa, que sorprendía y tranquilizaba a sus interlocutores, aunque por cierto no preservaba a su círculo íntimo de las tiradas infinitamente repetitivas y extenuantes sobre los comienzos de su carrera y de las divagaciones sobre la orientación del mundo, en charlas que se prolongaban a veces hasta las 4 de la mañana... y en plena guerra^{vi}. Ambos, por otra parte, eran capaces de arranques de ira, cosa que en Hitler es bien conocida (había un chiste que lo pintaba como “tischfresser”, el devorador de alfombras^{vii}), pero que no ha sido tan difundida en el caso del político británico, a pesar de que sus secretarías dejaron testimonio de lo incómodos que podían ser sus jornadas de trabajo por el trato destemplado al que podía someterlas. Al revés de lo que sucedía con Hitler, cuyo tratamiento con el personal femenino era invariablemente amable y hasta afectuoso.

Los talentos oratorios de uno y otro personaje eran muy grandes, pero diferían de registro y alcance. Churchill era un magnífico escritor, y su verba romántica y fluida repercutía en sus presentaciones parlamentarias, es decir, ante un público educado y preparado (eran otros tiempos...) para percibir la elegancia y la ironía. Hitler poseía en cambio el genio del tribuno popular. Tenía un estilo inimitable, una voz ronca, extraña y a poco de andar hipnótica y cautivadora; sus argumentos eran simples, iban siempre al centro y procedían, como su propia prestación física en el escenario, de menor a mayor: podía comenzar suavemente y terminaba en un estallido de pasión. Sus dotes literarias, por el contrario, estaban lejos de igualar a las de su contendiente. No escribió más que “Mein Kampf” –que sin embargo cumplió largamente con su objetivo propagandístico y que, una vez llegado al poder y convertido en texto obligatorio en las escuelas y casi en todos los hogares alemanes, le suministró jugosos dividendos.

Actitud ante la guerra

El otro gran interés que compartieron Hitler y Churchill fue la guerra. Este fue el campo que los absorbió decisivamente, en realidad. El título del libro de Hitler, “Mi lucha”, expresa la sensación que parece haber habitado a ambos a lo largo de toda su existencia: la vivencia personal del conflicto primero, y luego la preparación para este y el manejo práctico de esa circunstancia. En su juventud los dos personajes poseyeron un historial de experiencia personal en el frente, destacado en ambos casos. Más tarde su papel de líderes políticos, lejos de apartarlos de las operaciones, los llevó a ocuparse activamente de estas desde posiciones de poder, con suerte varia. Muchos

militares de carrera deploraron o abominaron después de esas intervenciones, que calificaron como propias de aficionados, pero no siempre con razón y en algunos casos para hacer recaer culpas compartidas en jefes que ya no estaban ahí para refutarlos. La realidad fue más compleja.



Churchill como joven oficial de caballería en Afganistán.

La experiencia militar directa de Churchill alternó con su temprana actividad política, y resultó de lo más variada y pintoresca, aunque siempre enfrentando el peligro. Se batió en la frontera entre Afganistán y la India como oficial de caballería, fue corresponsal de guerra en Cuba, durante la represión española de la insurgencia independentista; participó en primera línea de la última carga de la caballería británica en la batalla de Omdurman, en 1898, que algunos corresponsales calificaron como una ejecución más que como una batalla, dada la desigualdad que existía en el poder de fuego de los contendientes^{viii}; poco después presenció como corresponsal la guerra anglobóer en África del Sur, donde fue hecho prisionero, escapando luego. En 1915, tras renunciar al cargo de primer lord del Almirantazgo a causa de la derrota británica en Gallípoli, sirvió durante varios meses en el frente, hasta que fue llamado a volver a prestar servicio en el

gobierno en mayo de 1916.



El cabo Hitler.

Hitler tuvo una experiencia militar más opaca y similar a la de millones de jóvenes combatientes que dejaron sus huesos en los campos de batalla de toda Europa. La suya fue más democrática que la del inglés. Voluntario en las filas del ejército alemán desde la primera hora, en septiembre de 1914, se encontró entre los participantes de la “*kindermord bei Ypres*”, la matanza de los inocentes, como se denominaron las cargas de los jóvenes reclutas alemanes lanzados contra las líneas británicas durante las furiosas luchas de la “carrera hacia el mar”, que hasta noviembre de 1914 mostraron a los contendientes intentando flanquear el frente enemigo y proseguir con la guerra de movimiento, antes de que las líneas se enterraran en las trincheras durante cuatro sangrientos años. Después de sobrevivir a esa experiencia sirvió como estafeta regimental en primera línea durante casi toda la duración de la guerra, siendo herido dos veces —en la segunda quedó

provisoriamente ciego por la acción del gas- y recibiendo la cruz de hierro de primera clase, una distinción que solía tocar solo a los oficiales y que pocos soldados rasos o miembros de los rangos inferiores alcanzaban. El cabo Hitler llevaría toda su vida esa presea y esa experiencia del frente como datos identitarios que borraban la soledad, la opacidad y la cuasi miseria de sus años de vagabundaje en Viena y Munich.

El rasgo que diferencia netamente a Churchill de su contraparte germana es el hecho de pertenecer a una clase social encumbrada y haber formado parte, desde siempre, de la elite que comandaba los destinos del Imperio. A lo largo de 60 años Winston Churchill ocupó los cargos más altos del gobierno: antes y durante la primera guerra mundial fue sucesivamente subsecretario de Colonias, ministro del Interior, Primer Lord del Almirantazgo y, una vez regresado de su intervalo en el frente al comando de un batallón, ministro de Armamento y ministro de Aviación. Más tarde, durante el período de entreguerras, fue ministro de Colonias y ministro de Hacienda, ingresando luego a un período de ostracismo político debido a su oposición a la línea pacifista y apaciguadora del partido Conservador respecto a Alemania, situación de la que salió al estallar la segunda guerra mundial. Y en todo momento fue figura conspicua de la Cámara de los Comunes, donde realizó un poco común ballet partidario al renunciar a su original afiliación al partido conservador para pasarse a los liberales, y veinte años más tarde volver a realizar el recorrido inverso, del liberalismo al conservadorismo. Lo cual hizo que una prominente figura de este último partido lo definiese como “un genio sin juicio”. Finalmente, en 1940, en la hora más crítica que le había tocado vivir a su país desde los tiempos de la Armada Invencible, llegó al punto al cual siempre había aspirado: el cargo de primer ministro.

El episodio de los Dardanelos

Lo de “genio sin juicio” fue un reproche que se le formuló a menudo, con otras palabras, en el campo de los asuntos militares. Varios fracasos, algunos espectaculares, se adjudicaron a su cuenta. El asunto de los Dardanelos fue quizá el más grave de ellos. A principios de 1915, al hacerse patente que el frente principal en Francia se había estancado y ante la evidencia de una inminente crisis en el frente oriental por la falta de municiones y la desorganización interna de Rusia, desde su cargo de jefe del Almirantazgo Churchill propuso ir en auxilio del aliado y al mismo tiempo evitar los ataques suicidas contra las fortificaciones alemanas en Francia, forzando el paso del estrecho de los Dardanelos para irrumpir en el Mar de Mármara y luego en el Mar Negro con una flota anglofrancesa. Con esa maniobra de “aproximación indirecta” Turquía debería quedar fuera de la guerra y la apisonadora rusa recibiría nuevo impulso para forzar a Alemania a seguir defendiéndose en dos frentes. El proyecto era indiscutiblemente brillante en su concepción estratégica, pero fallaba en su interpretación táctica por la prisa y la impreparación con que se lo encaró. Incluso si se forzaban los Dardanelos y la flota aliada bombardeaba Constantinopla (hoy Estambul) y se abría paso hasta el Mar Negro, ¿qué pasaría si los turcos no se rendían, persistían en el bloqueo de los estrechos y los barcos quedaban atrapados y no podían volver? Seguramente se refugiarían en Odessa y Sebastopol, pero, pero, ¿con qué fin? De hecho, cuando se intentó el forzamiento, este se reveló un fracaso: varios viejos acorazados británicos fueron hundidos y un crucero francés voló por los aires con toda su tripulación a bordo.

Ese desastre hizo evidente que la operación debía ser sostenida por tierra, para lo cual se realizaron varios desembarcos en la península de Gallípoli y en la costa asiática, pero para estrellarse contra las defensas turcas, tal y como sucedía en el frente occidental. Ocurrió que la expedición no tenía mapas, que el terreno era difícil y que no se disponían de lanchas de desembarco blindadas, capaces de resistir el fuego de los defensores en el momento de hacer tierra. La incompetencia de los mandos locales y las demoras en el accionar sellaron el destino de la aventura y llevaron a la renuncia del Primer Lord a su cargo.

Churchill siempre deploró haber querido llevar a cabo “una operación cardinal desde una posición subordinada”, pero no está muy claro qué podría haber hecho de haberse encontrado en otra situación que le significara mayores poderes. La contribución de Churchill a la guerra y a la preparación para esta a lo largo de ese período en cargos de responsabilidad en el gobierno, fue notable, pero no pasó por operaciones que llevaran su marca sino por avances técnicos e iniciativas inspiradas por una clara intuición táctica y geopolítica. Estuvo detrás del plan de construcciones navales y de la tarea de propulsar el motor diésel para equipar a las grandes unidades de batalla, suplantando al carbón por el petróleo como combustible. Llevado por la necesidad de abastecer de aceites pesados a la flota, clavó la pica en Flandes -o mejor dicho en las arenas del desierto- al oficiar de compondor para que las grandes corporaciones petroleras como la Shell y la Royal Oil Company se instalaran en el Medio Oriente^x para explotar el petróleo bajo tutela británica. Y por último estuvo detrás del invento del tanque, en el cual Churchill tuvo mucho que ver desde el momento en que propulsó la creación de un “vehículo blindado de orugas” para romper las alambradas y aplastar las trincheras; invento que fue clave para obtener la victoria en 1918. No alcanzó a discernir, sin embargo, el cambio revolucionario que las armas que él mismo había promocionado desde el Almirantazgo y el Ministerio del Aire, iban a promover en la forma de hacer la guerra en las décadas siguientes.

Hitler, desde luego, no tuvo las oportunidades que tuvo Churchill por esos años. Pero, tras llegar al poder, fue determinante su apoyo a las concepciones revolucionarias del combate que estaba forjando la Wehrmacht y que aprovechaban las potencialidades del motor a explosión, de los tanques, de la aviación y de las telecomunicaciones para integrar una combinación de fuerzas demoledora, capaz de perforar los frentes mejor defendidos y de volver a la guerra de movimiento, tras el estancamiento experimentado en la guerra de sitio o de posiciones en 1914-1918. El método fue teorizado por militares de diversos orígenes, como los británicos J. F. C. Fuller y Basil Lidell Hart, el francés Charles De Gaulle, el alemán Heinz Guderian y el soviético Mijáil Tujachevsky. Pero fueron los alemanes los que llegaron primero a dominar la técnica y los que la aplicaron y le dieron su nombre: “Blitzkrieg”, o guerra relámpago, con que se revelaría al mundo durante la campaña de Francia en 1940. Y Hitler fue decisivo para propulsar el proyecto, que por otra parte se vinculaba a su certeza de que Alemania debía obtener una victoria rápida, antes de que sus poderosos enemigos se pusiesen en condiciones de aplastarla. Esto llevó a forjar un instrumento de batalla con un segmento acerado, altamente evolucionado, capaz de revolucionar la situación durante un tiempo, pero insuficiente para sostener un esfuerzo prolongado. Al no poder lograr su objetivo en los primeros tres primeros años de guerra, pese a sus brillantes

victorias, Alemania quedó abierta al contragolpe. Y este se abatiría con fuerza demoledora sobre ella en la segunda mitad del conflicto, a pesar de que en ese lapso la industria alemana tocaría el cénit de su capacidad productiva, que crecería exponencialmente aun sufriendo los terribles efectos de la ofensiva aérea aliada.

Aproximación directa y aproximación indirecta

A lo largo de la segunda guerra mundial hubo muchas ocasiones en que las dos concepciones que han ocupado la teoría de la guerra al menos desde los tiempos de Clausewitz^x se vieron enfrentadas. La teoría clausewitziana de la destrucción de la masa central del enemigo como el más seguro recurso para obtener la victoria, y la teorización opuesta, forjada por teóricos como el británico Sir Basil Liddell Hart , de la “aproximación indirecta” como el expediente más lento pero menos oneroso para obtener el mismo fin, fueron franca o tácitamente esgrimidos como el más fructífero por sus respectivos defensores. Sin pretender ingresar a las consideraciones especializadas que escapan a la condición de un modesto amateur de historia, creo que es interesante, aunque sea obvio, destacar que ambos principios se desprenden de la pertenencia a entidades geopolíticas claramente diferenciadas: continental la una; insular y marítima la otra.

En Churchill, y en la generalidad de los planificadores del esfuerzo de guerra de los países anglosajones, el carácter insular de la posición de las potencias a las que pertenecen los ha llevado siempre a calibrar el método indirecto como el más conveniente. Sólo una urgencia extrema ha podido llevarlos a adoptar, excepcionalmente, la actitud contraria. En el caso británico, la posibilidad de que Francia y Bélgica cayesen bajo el dominio alemán en 1914 llevó al estamento dirigente a cumplir con lo que ya se había propuesto desde hacía al menos una década: comprometerse en una guerra continental a gran escala y por un indefinido período de tiempo. La experiencia fue atroz y dejó pocos deseos de repetirla, hecho que, sumado a la decadencia económica del imperio después de la guerra, explica en gran parte la política de apaciguamiento con la Alemania nazi a la que Churchill tan enérgicamente se opuso.

La otra potencia “insular” es Estados Unidos. Fue también la que haría culminar la estrategia de la aproximación indirecta, que sigue aplicando todavía hoy. La única guerra cuerpo a cuerpo, a todo o nada, a la que se vio expuesto, fue su guerra civil, en la que jugó su destino como nación integrada o desagregada. Una vez superada esa prueba, la debilidad de sus vecinos y las distancias oceánicas que lo separaban de las otras grandes potencias le brindaron el reaseguro de una insularidad envidiable, lo cual suministró a estrategas como el almirante Alfred Thayer Mahan la ocasión de formular su propia contribución a la teoría de la aproximación indirecta y a la elaboración del pensamiento geopolítico moderno, con su obra “La influencia del poder marítimo en la historia”. Los escenarios de conflicto no se miden en kilómetros sino en millas marinas, y el núcleo de la cuestión consiste en batirse solo en la periferia y hostigar desde allí al enemigo, mientras se encomienda a los vecinos de este, que se sienten amenazados por la potencia emergente, a disputarle directamente el terreno.

Ahora bien, para Gran Bretaña, en 1914 la derrota de Francia en un conflicto con Alemania no sólo hubiera provocado el ascenso de una potencia hegemónica en Europa, cosa que Inglaterra se

había cuidado bien que sucediera hasta entonces, sino que hubiera puesto bajo control hostil a los puertos del canal de la Mancha y del Mar del Norte, planteando una amenaza directa contra las costas británicas, similar a las que había experimentado en tiempos del campamento de Boulogne, con Napoleón, o en la época de la Armada Invencible. Hasta ese momento Gran Bretaña se las había ingeniado para actuar como la hilandera de coaliciones siempre orientadas a enfrentar al poder continental que se perfilaba como dominante, participando sólo de manera periférica o a último momento en la lucha contra este, mientras sostenía financieramente a sus socios y cosechaba recompensas en la periferia colonial. Las guerras de la Revolución Francesa y del Imperio fueron ejemplares en este sentido: los ingleses se batieron en un escenario secundario, en la península ibérica, y sólo cuando Napoleón se jugó su última carta en los Cien Días, el ejército inglés, coaligado con los prusianos, acudió a darle la puntilla en Waterloo.^{xi}

Este no es un comentario desdorado para con los británicos, en la línea de “la pérfida Albión”, sino más bien lo contrario: apunta a reconocer la inteligencia y el sentido de la oportunidad que siempre ha tenido su clase dirigente para aprovechar las posibilidades que le brindaban su situación insular, su poderío económico y su clara conciencia del carácter global de la economía, la política y la guerra. Lo cual tampoco significa que ignoremos los móviles egoístas e imperialistas de esa misma casta dirigente que, como sus rivales, pero con más astucia y eficacia que ellos, supo fundar su fortuna y su poder en la utilización de su posición estratégica y en la explotación despiadada del mundo colonial. La oligarquía estadounidense, de manera más brutal y más cínica, ha seguido el mismo camino; en el cual, sin embargo, en parte por el gigantismo del país, en parte porque la tecnología moderna tiende a anular las distancias entre los enemigos, ha terminado en cierto modo por atragantarse con su propia potencia y a quedar expuesta ante un contendiente que se aproxime a sus propias dimensiones. Los misiles balísticos y los explosivos nucleares cancelan en gran medida la distancia olímpica desde la cual las potencias marítimas anglosajonas podían antaño pelear sus guerras. Aunque, por el carácter radical y definitivo de su potencialidad, también la replantean, pues al hacer “imposible” su empleo, consienten la permanencia y validez de sus premisas.

La confrontación directa que, desde la comodidad de la posición insular, es juzgada como brutal y demasiado costosa con su principio primario de la destrucción del cuerpo mayor del enemigo en primer término, es, en cambio, desde la visión de las potencias continentales, fronterizas entre sí e imposibilitadas de rehuir el choque, la mejor y más rápida manera de evitar las inacabables guerras de agotamiento al estilo de la guerra de los Treinta Años. Guerras que, en última instancia, siempre que no se viera directa y permanentemente involucrada, eran las que convenían a Gran Bretaña, ya que consentían que sus aliados hicieran el principal gasto en ellas. En la guerra del 14, como señalamos, los ingleses no tuvieron oportunidad de soslayar el choque porque el enemigo principal, de vencer a los otros miembros de Triple Entente, hubiera estado en condiciones de amenazar las costas y de estrangularles el tráfico portuario, lo que equivalía a arriesgarse a perecer de hambre. Su prioridad defensiva siempre había sido la Armada, mientras que el ejército terrestre se limitaba a una fuerza profesional bien entrenada y dispuesta para participar en luchas libradas en la periferia del Imperio o en intervenciones rápidas y decisivas en un conflicto continental. Esto hubo de modificarse en 1915, pero aún entonces no dejó de ser significativo que las primeras aportaciones al engrosamiento de las fuerzas armadas hayan provenído del voluntariado y que recién a finales de ese año se impusiese el servicio militar obligatorio para hacer frente a la sangría siempre en aumento del frente en Francia.^{xii}

Los militares de las potencias continentales prefirieron más bien el estilo de confrontación directa, aunque esto no quiere decir que hayan concebido siempre a la guerra como una serie de ataques frontales, al estilo del practicado durante la primera guerra mundial. La maniobra y el flanqueo fueron el método preferido por los estrategas más competentes; de lo que se trató, en todo caso, fue de aplicar esos métodos con el objeto de conseguir lo más rápido posible la victoria sobre el contendor principal. Ir al núcleo y romperlo no significaba buscar el punto más fuerte para embestirlo allí, salvo que las circunstancias lo aconsejaran, sino rodearlo y batirlo en detalle. Ese fue el principio de las campañas napoleónicas, por ejemplo, y el modelo funcionó hasta que los enemigos asimilaban esas mismas tácticas y pudieron aplicarlas favorecidos por un poderío acrecido y tejido por la diplomacia británica.

Durante la segunda guerra mundial los principios de ambas teorías tuvieron amplia oportunidad de ponerse en práctica. Y aquí los personajes que ocupan este artículo tuvieron la ocasión de mostrar plenamente tanto su calidad de jefes y la eventual validez de sus intuiciones, como también los costados tenebrosos de su personalidad.

Hitler y Churchill como estrategas

Pero, ¿cuál fue la forma en que Hitler y Churchill se plantearon el desafío de la guerra? Es importante recalcar que ninguno de los dos estaba solo en la elaboración de sus planes.



Coronel Hans Hossbach, ayudante militar de Hitler.

Empecemos por Hitler. Aunque el jefe alemán tendió siempre a sobrevalorar su intuición estratégica y en las etapas avanzadas del conflicto ejerció una autoridad omnímoda sobre el Estado Mayor, en un principio tanto sus aspiraciones como buena parte de las premisas de estas eran compartidas, en un todo o en parte, por los altos mandos. El núcleo de concepción de Hitler acerca de su misión no era otro que el de elevar a Alemania al rango de Nación-continente, a la escala en que lo eran Rusia y Estados Unidos, única manera de disputar el predominio global en el curso de las siguientes décadas. Su pensamiento está expuesto con claridad meridiana en el memorándum Hossbach; un resumen, efectuado por su asistente militar, el coronel

Friedrich Hossbach, de la reunión que tuvo lugar en la cancillería del Reich el 5 de noviembre de 1937 –dos años antes de que empezase el conflicto entre Alemania y los aliados. Ese momento no fue el instante en que se decidió la guerra; pero fue sí la ocasión en que Hitler hizo una primera exposición franca y ordenada de cuáles era sus objetivos y los motivos por los que pretendía poner la potencia alemana en movimiento con miras a un choque general que él calculaba iba a producirse hacia 1943-1945. La clave de su decisión de ir al encuentro de dificultades que habrían de determinar en algún momento el estallido de la guerra, residía en su creencia de que estaba

frente a una brecha, una ocasión única en el desarrollo histórico, que permitiría hacer avanzar a Alemania hacia el rol de primera potencia mundial, y que ese hueco no iba a tardar en cerrarse en razón del desarrollo exponencial de los inmensos recursos de Estados Unidos y la Unión Soviética. Hitler asociaba su propia personalidad a la decisión de explotar la oportunidad, persuadido de que, después de él, no habría nadie en Alemania en condiciones de llevar adelante el proyecto. La naturaleza misma de la coyuntura lo inducía a apresurarse: la ventaja que Alemania había ganado con su rearme a partir de 1933 era efímera; el hecho de haber partido de cero a causa de la derrota de 1918 la había hecho dotarse de un armamento ultramoderno, del que no disponían los aliados, pero esa superioridad era transitoria, podía ser neutralizada en el curso de unos pocos años por los franco-británicos, encerrando otra vez a Alemania en el ámbito de sus fronteras.^{xiii}

El dato fundamental del proyecto de expansión hitleriano consistía en conquistar el “Lebensraum”, o espacio vital. Este no se encontraba ya en la conquista de un espacio colonial, al estilo del forjado por Gran Bretaña y Francia, sino, en la línea del pensamiento de teóricos de la geopolítica como Karl Haushofer, en la apropiación de una vasta extensión de tierra donde la potencia alemana podría crecer y vivificarse, tal y como los americanos del norte habían conseguido con la conquista del oeste.

Las formulaciones de los teóricos de la geopolítica no eran tan simplistas como las del Führer y se elaboraban más bien en torno a una noción de una integralidad euroasiática que terminara de tener razón sobre el predominio de las potencias marítimas. Pero para Hitler y los nazis la ecuación era más sencilla: se trataba de avanzar sobre el grano y el petróleo de la Unión Soviética y de reemplazar a su población de eslavos subhumanos por colonos alemanes capaces de implantar su predominio. Era un poco como una reedición de la conquista de Oeste en dirección inversa. El problema era que los rusos no eran pieles rojas y no sumaban los 10 o 12 millones de habitantes de las praderas, dispersos, primitivos e inconexos, sino que constituían la masa resistente de un estado-nación informado por una gran historia, dotado de una cultura moderna e imbuido de una ideología que, al menos en ese momento, conservaba todavía parte del mesianismo ideológico de la revolución bolchevique. Y que acababa además de convertirse en una potencia industrial de primer orden.

Se trataba de un paso muy aventurado, cuyo carácter fatal no escapaba a la percepción del Führer: “Me siento –dijo horas antes del ataque a quienes lo rodeaban- como si abriera la puerta de una habitación oscura, jamás vista, sin saber lo que habrá detrás de ella”.^{xiv} Los tiempos lo habían corrido y había perdido el dominio de la cronometría. Había cometido el error de cálculo de suponer que los ingleses y franceses no intervendrían cuando decidió atacar a Polonia. No se equivocó en cuanto a la escasa voluntad de los aliados de hacerle la guerra, pero no midió que su crédito como un anticomunista creíble se había agotado para occidente y que sus actos habían encrespado a la opinión en Inglaterra. La reocupación de la Renania, el Anschluss con Austria y la incorporación de la mayoría alemana que poblaba a los Sudetes en Checoslovaquia, podían pasar como actos de reivindicación nacional y como reacomodamientos dirigidos a compensar las injusticias del Tratado de Versalles; pero la violación de Checoslovaquia, sumada a la participación alemana en la guerra civil española y a la firma del Pacto de Acero junto a Italia, sobrepasaban lo

admisible y exteriorizaban un dinamismo cuya dirección no podía pronosticarse. Los intentos de Hitler para arribar a un acuerdo con Polonia evidenciaban asimismo su voluntad de abrir el juego hacia el Este, aproximándose a su objetivo principal, que era ponerse en condiciones de invadir la Unión Soviética. La negativa polaca a acomodarse a esa perspectiva inauguró una rápida sucesión de hechos que indicaban que Alemania se disponía a terminar con Polonia a partir de la cuestión de Danzig.

La ocupación de Praga había diseñado un escenario en el cual el activismo alemán había de chocar con obstáculos concretos. Hitler sabía del carácter irresoluto de esa oposición en los sectores dirigentes de los países aliados, que temían al comunismo y eran conscientes de la precariedad de su dominio sobre sus propios imperios. Por consiguiente redobló su apuesta aún después de la garantía dada por Neville Chamberlain a Polonia: en vez de transigir, buscó una inversión de alianzas y propuso un *quid pro quo* con la Unión Soviética que le dejase las manos libres frente a occidente a cambio de ventajas territoriales y de cooperación económica, postergando su sueño del *Lebensraum* oriental hasta que hubiese arreglado las cuentas con Francia y Gran Bretaña. Stalin, que había sido desairado en el acuerdo de Munich, al que ni siquiera se lo invitó, y que estimaba el curso conciliador de los apaciguadores franco-británicos como indicio de una conspiración para que Rusia hiciese el gasto en una guerra europea, desangrándose contra Alemania, aceptó el pacto. Este le permitiría ver venir y, sobre todo, después de derrotada Polonia, le supuso la ocupación de un tercio del territorio polaco y de los estados bálticos, lo que le otorgó un colchón de seguridad que le permitiría ganar tiempo frente a un ataque alemán que juzgaba tarde o temprano inevitable. Mientras tanto, invirtiendo el cálculo anglo-francés, podría observar como Alemania y las potencias occidentales se rompían mutuamente los dientes en la línea Maginot. La historia a veces parece una comedia, o más bien una tragedia, de equívocos. Porque, dos años más tarde y a través de cambios de mano no previstos por nadie, la sospecha inicial de Stalin, la de que occidente cargaría sobre las espaldas de Rusia el peso de la guerra, se revelaría cierta.

Más allá del estrago psicológico que esa transacción en frío generó en la opinión progresista de occidente, la actitud rusa era lógica. Como también lo era para Hitler, quien sin embargo todavía creía que con la firma del pacto induciría a los aliados a renunciar a declarar la guerra al invadir Polonia. Se equivocó, y a partir de ese momento comenzó a perder ese control sobre los elementos que había caracterizado a toda su carrera, ingresando a un espacio donde la fortuna de la guerra y la marcha de unos acontecimientos imposibles de pronosticar empezaron a llevarlo en andas.

Inmediatamente después de la campaña de Polonia, en setiembre de 1939, Hitler se convirtió, por “prepotencia de trabajo” como diría nuestro Roberto Arlt, en el factor determinante y el motor de la máquina de guerra alemana. Ya se había deshecho de la cúpula de la Wehrmacht (con excepción de la de la Armada) después de la conferencia de la que dio cuenta el memorándum Hossbach: los generales Von Fritsch, Blomberg y Beck fueron alejados de sus puestos a través de intrigas que en los dos primeros casos pusieron en juego motivos personales y familiares para desprestigiarlos ante sus camaradas. No se trataba de que no compartieran los objetivos de

máxima de Hitler, sino que evaluaban los audaces planes del Führer como de imposible cumplimiento, al menos en el lapso que se les asignaba para ser llevados a cabo, poniendo a Alemania ante la perspectiva de una inexorable derrota.

Los jefes que los reemplazaron no eran mucho más acomodaticios a la voluntad de Hitler, pero el éxito que este tuvo con sus brillantes logros del Anschluss, la conferencia de Munich y la ocupación de Checoslovaquia los dejaron sin argumentos. Comenzada la guerra, las dudas de los mandos subsistieron incluso después de la campaña de Polonia, pero se disiparon definitivamente tras la conquista de Dinamarca, Noruega, los Países Bajos, Bélgica, la derrota de Francia y la expulsión de los británicos del continente. Tanto más porque fue también Hitler el responsable de forzar el ataque y de adoptar e imponer los planes de campaña y las tácticas novedosas ideadas por figuras como Von Manstein y Guderian, contra los criterios más conservadores del Estado Mayor General.

En ese momento Hitler tocó el cénit de su recorrido. Pareció evidente que se había producido un reordenamiento europeo que colocaba a Alemania en el pináculo del mundo. Sólo faltaba conseguir la aquiescencia británica al proyecto para que las cartas se arreglasen y el “Nuevo Orden” pudiese empezar a consolidarse con miras a futuras empresas. Pero algo falló. Alguien se opuso. Winston Churchill, intransigente defensor del Imperio Británico, fue ungido en esos días críticos como primer ministro y se impuso sobre el ala conciliadora del gabinete representada por Neville Chamberlain y lord Halifax, que se inclinaban a buscar una salida negociada de la guerra. Cosa que podía justificarse por lo aplastante de la victoria alemana en el continente y lo desorganizado que había quedado el ejército inglés después de Dunkerque.^{xv} La cuantía de los recursos del imperio británico y la certidumbre del nuevo premier en que la enorme potencia de Estados Unidos se opondría en última instancia a un triunfo alemán porque antagonizaba sus intereses e incrementaba la amenaza del Japón en el Pacífico, daban sin embargo a Churchill suficientes argumentos para esperar que en algún momento cambiarían las tornas. Todo era cuestión de aguantar y esperar, y para ello contaba con la superioridad naval y con la RAF, que entre fines de julio y principios de octubre de 1940 libró la batalla de Gran Bretaña, que imposibilitó a la Luftwaffe conquistar el control del aire sobre el sur de Inglaterra y consecuentemente impidió el desembarco en las islas. Hitler, que no estaba muy convencido de la factibilidad de la empresa y que conservaba la esperanza de lograr, en algún momento, alguna clase de arreglo con una parte de la clase dirigente británica, empezó a barajar otras alternativas para romper el impasse, una de las cuales, sin embargo, no tardaría en imponerse: el ataque a la Unión Soviética.

El punto de inflexión de la guerra

Las opciones que estaban sobre la mesa eran básicamente dos: la primera, propuesta por el almirante Erich Raeder, jefe de la Armada, que privilegiaba una suerte de aproximación indirecta para conseguir la victoria sobre Inglaterra por la vía del Mediterráneo; y la segunda, que Hitler sentía como deseable y necesaria, un ataque relámpago y a fondo contra la Unión Soviética. La primera requería de una articulación político-militar compleja y de un tiempo considerable para

concretarse. Suponía el cierre del Mediterráneo —el Mare Nostrum de los romanos y de Mussolini— a través de la conquista del canal de Suez y del Peñón de Gibraltar. Ello abriría el camino al petróleo del Medio Oriente, probablemente haría bascular a Turquía del lado del Eje, ataría a Francia al encuadrar a sus fuerzas en el norte África dentro del dispositivo ítalo-alemán, y dejaría a los ejércitos germanos asomándose a la frontera rusa en el Cáucaso. A partir de ese momento podía incrementarse el bombardeo de las ciudades y de los puertos británicos, mientras la flota submarina estrangulaba el tráfico hacia las islas y las reducía por hambre. Era un plan sin duda coherente, pero que señalaba a Gran Bretaña como el objetivo primario, cosa que nunca había sido del agrado de Hitler. Además demandaría un par de años para realizarse si las cosas marchaban bien. En el ínterin no se sabía que actitud tomaría Estados Unidos, que era decididamente hostil al Eje, ni qué podía pasar con Rusia. Pero el plan hizo agua aún antes de que se dieran los pasos preliminares para hacerlo arrancar. Franco dio largas a cualquier compromiso por Gibraltar, exigió contraprestaciones irrealizables para participar en el conflicto (la mayoría concesiones territoriales a expensas de los franceses), mantuvo unas relaciones diplomáticas irreprochables con Gran Bretaña y dejó en evidencia que, si estaba muy dispuesto a colaborar con las potencias del Eje que tanto lo habían ayudado a ganar la guerra civil, no lo estaba respecto a dejar pasar las tropas extranjeras por territorio español. De hacerse el intento, Gibraltar debía ser tomado por tropas españolas, con armamento alemán. Los italianos, por su parte, no tardaron en enredarse en una guerra de agresión contra Grecia que les resultó desfavorable. Poco después su ejército en el norte de África fue destruido por una fuerza numéricamente inferior de los británicos, mientras que el fracaso de la aventura griega abrió el camino para un reingreso inglés al continente, cosa que obligó a los alemanes a prodigarse en una campaña que no tenían en principio ninguna intención de realizar.

De todos modos, Hitler no se sentía predispuesto a la opción mediterránea. No confiaba en la eficacia militar de Italia, que debía ser socia importante en la empresa, y entendía, con razón, que el tiempo jugaba en su contra. Si quería ganar tenía que contar con una base física sustantiva que excluyese la posibilidad de una guerra en dos frentes, como había sido la primera guerra mundial. Su primera intención había sido atacar a Rusia contando con la neutralidad franco-británica. Cuando eso no fue posible se volvió contra los occidentales tras firmar un pacto con la abominada Unión Soviética. Superados los aliados, contra toda previsión, en una campaña de apenas un mes; derrotada Francia y reducida Gran Bretaña a asumir una posición defensiva sin opción de poder volver a cruzar el Canal de la Mancha, Hitler sintió que tenía las manos libres para terminar con la URSS en unos pocos meses y quedar libre por fin para entredárselas con la isla antes de que Estados Unidos hiciese acto de presencia. Primero, sin embargo, había que ver si se podía arribar a un acuerdo más duradero con Rusia, que permitiese postergar el choque final y arreglarle las cuentas a Churchill, estableciendo algún tipo de *modus vivendi* con los sectores menos reacios al nazismo que existían en los estratos altos de la sociedad inglesa. En noviembre de 1940 el ministro de Relaciones Exteriores ruso, Vyacheslav Molotov, visitó Berlín con el propósito de sostener unas conversaciones que debían fijar los objetivos de guerra de ambas potencias y clarificar unas relaciones que de un tiempo a esa parte se habían enturbiado por el deseo ruso de hacer valer sus intereses en Bulgaria y en Rumania (vital para Alemania porque allí se encontraban los campos

petrolíferos de Ploesti, única fuente de combustible de la que podía disponer en la geografía sobre la cual ejercía una influencia o un dominio directo).

Las conversaciones no arribaron nada. O, en todo caso, reafirmaron las sospechas que cada parte sentía respecto a la otra. Los alemanes hicieron brillar ante los ojos de los soviéticos la posibilidad de adecuar el régimen que regulaba el tránsito de los Dardanelos para ajustarlo a las necesidades de defensa rusas, y de avanzar sobre el imperio británico en la India. Nada de eso tentó a los rusos, que seguían considerando a Inglaterra como una potencia bien plantada. Hay una anécdota famosa que cuenta que en el curso de una cena que el ministro de exteriores alemán Joachim Von Ribbentrop ofrecía al enviado ruso, ambos debieron descender a un refugio subterráneo para protegerse de una incursión aérea realizada por los británicos. Cuando Ribbentrop quiso persuadir a su huésped de que Inglaterra estaba vencida, que la guerra estaba ganada y que era bueno asociarse con Alemania, Molotov habría respondido: “Si es así, ¿por qué estamos en ese refugio y de quién son las bombas que caen?”^{xvi} Las solicitudes soviéticas no se orientaban hacia el Océano Índico ni a nada que se le pareciera, sino hacia Europa y hacia zonas colindantes con Alemania. Moscú quería bases en Bulgaria que le permitieran ponerse a tiro de los Dardanelos y pretendía ocupar a la totalidad de Finlandia. Molotov también expresó que Rusia no renunciaría íntegramente a sus intereses en los accesos occidentales del Mar Báltico, los estrechos del Kattegat y Skagerrak.^{xvii}

Después de la visita de Molotov, Hitler desechó el plan Raeder y formalizó las directivas verbales que ya en julio de 1940 había dado al Estado Mayor para preparar un ataque hacia el Este. Según explicó a sus jefes, un ataque contra Gran Bretaña como el propuesto por Raeder, amén de tiempo, exigiría una fuerte inversión de recursos en la aviación y la armada, disminuyendo la porción del presupuesto dedicada al ejército y obligando a una disminución de los efectivos terrestres, cosa que era imposible mientras subsistiese la amenaza rusa. Esa decisión se tradujo en la directiva nº 21, Caso Barbarossa: “*Las fuerzas armadas alemanas deben estar listas para aplastar a la Rusia soviética en el curso de una campaña rápida, antes de que termine la guerra con Inglaterra*”.^{xviii} Los altos mandos tenían sus dudas en cuanto a la factibilidad de la hazaña, pero estaban hipnotizados por las dotes proféticas del Führer, que habían tenido cumplimiento en tantas ocasiones. Además operaba sobre ellos, así como también en Hitler, la pobrísima impresión que había dejado el ejército soviético en la guerra contra Finlandia, en el invierno 1939-1940. El estado de desorganización y de degradación jerárquica causado por las purgas de Stalin, que se habían cobrado la vida de los más altos jefes y de muchos oficiales, hizo que sólo a costa de graves pérdidas y de un gran esfuerzo los rusos finalmente forzaran, en marzo de 1940, una paz con los finlandeses que les consentía los resguardos y el espacio que requerían para proteger los accesos a Leningrado; fracasando, si ese había sido su propósito, en una eventual anexión de la totalidad del territorio finés amparados en los protocolos secretos del pacto nazi-soviético. Capítulo que retomaron en ocasión de la visita de Molotov a Berlín.

La idea de ganar “espacio vital” en el Este se encontraba ya presente en las especulaciones del Estado Mayor alemán durante la primera guerra mundial. Ludendorff la había preconizado y la idea de poner a Ucrania y al Cáucaso bajo tutela alemana había aflorado no bien se produjo la

caída de los zares y Rusia se zambulló en la guerra civil. Veinte años más tarde, la creencia en la fragilidad rusa que tenían los militares alemanes era compartida por sus pares anglo-norteamericanos: el general Alan Brooke, presidente del comité de jefes de Estado Mayor Imperial y principal asesor de Churchill estimó, al producirse la invasión alemana, que “los rusos serán rodeados en hordas”. El mismo criterio era genéricamente aceptado por los militares norteamericanos.

Sin embargo, a la vuelta de unos pocos días de iniciada la agresión alemana el 22 de junio de 1941, se hizo evidente que la creencia era errónea. Debido a la negativa de Stalin a creer en la inminencia del ataque alemán porque atribuía al dictador nazi una prudencia que era la suya, pero que no se correspondía en nada con la resolución fanática de Hitler, los soviéticos fueron tomados de sorpresa y sus ejércitos fueron desbaratados. Los prisioneros se contaron por centenares de miles y el avance alemán igualó y superó en velocidad al que había tenido lugar en Francia; pero la profundidad del territorio ruso amortiguó su eficacia. Las secuelas de las purgas en la oficialidad soviética se hicieron ver: los mandos del ejército rojo, eran incompetentes o estaban atados por consignas rígidas y aterrorizados por el temor al balazo en la nuca disparado por orden superior. En varios casos carecieron de iniciativa y fracasaron estrepitosamente. Sin embargo, en todas partes y en medio del desorden, surgieron focos de resistencia y muchas unidades rodeadas siguieron combatiendo o se dispersaron en los bosques formando unidades guerrilleras. La cifra de bajas alemanas subió dramáticamente en comparación a las sufridas durante la campaña de Francia, y en Smolensk, a medio camino de Moscú y a 18 días de iniciada la invasión, tropezaron con el primer contraataque del ejército rojo. Aunque los alemanes obtuvieron otra gran victoria, lo hicieron pagando un precio muy considerable.

Como quiera que fuere, en ese momento el camino hacia Moscú pareció estar expedito. Y fue en ese instante cuando Hitler tomó la primera de las decisiones a contrapelo de lo que le recomendaban los expertos: en vez de lanzarse a terminar de demoler el centro del dispositivo enemigo, como habría aconsejado Clausewitz, prefirió realizar un desvío al sur que buscaba asegurarse la provisión de grano y alimentos, a la vez que lo posicionaba para dirigirse hacia los yacimientos petrolíferos del Cáucaso. La operación tuvo un éxito aplastante: Ucrania cayó en manos de los alemanes y en la batalla por Kiev los rusos sufrieron no menos de 650.000 bajas.

El mayor éxito de la campaña fue sin embargo definido por Franz Halder, jefe del Estado Mayor, como el mayor error estratégico de la guerra, pues demoró el avance hacia Moscú y dio tiempo a los rusos para reforzar las defensas de la capital. Pero esto es todavía opinable: el error mayor se verificó en otro ámbito, y fue político e ideológico. Gran parte de la población ucraniana resentía todavía el horror de la hambruna provocada por la colectivización forzosa, tenía tendencias separatistas respecto a Rusia y odiaba a los comunistas. Recibió a las tropas alemanas, por lo tanto, como liberadoras. Pero para Hitler y el manual nazi eran eslavos infectados por el gen asiático, seres inferiores y que además debían dejar el espacio que ocupaban a los colonos alemanes que seguirían a la Wehrmacht una vez acabada la guerra. Las directivas impiadosas dadas al ejército en el trato a los prisioneros y a las poblaciones ocupadas —que incluían la ejecución sumaria de todos los comisarios políticos capturados, la explotación inmisericorde de la

mano de obra local y el saqueo de todos los recursos- produjeron una rápida retracción de ese apoyo inicial y un refuerzo de las guerrillas que empezaban a proliferar en la retaguardia de los invasores. Lo cual a su vez determinaba una política de represalias de una ferocidad sin igual. A esto se sumaba la segregación y exterminio de la población judía, muy abundante en Ucrania, efectuado por las formaciones especiales de las SS y la SD, los "Einsatzgruppen", dedicados a la matanza indiscriminada de judíos.

En octubre los alemanes volvieron a apuntar hacia Moscú. Una vez más, se abrieron paso a gran velocidad a través de las líneas rusas, infligiendo grandes bajas y recolectando gran cantidad de prisioneros, aunque a un precio cada vez más alto. En noviembre irrumpió la "rasputitsa", lluvias continuas mezcladas con nieve que convirtieron en puro fango los caminos, lo que frenó el avance. A fines de mes el hielo endureció el suelo y se reanudó el avance casi hasta los suburbios de Moscú. Pero para entonces habían llegado a los rusos las reservas provenientes de Oriente, de la frontera ruso-mongola, pues los informes del espía Richard Sorge (un periodista alemán de fe comunista afincado en Tokio) habían hecho saber a Stalin que los japoneses no se proponían atacar a la Unión Soviética al menos hasta mediados de mayo, cuando el cuadro de la situación se hubiera aclarado. Esto significó el desplazamiento de casi la mitad del dispositivo soviético en el Extremo Oriente –diez divisiones de infantería, más 1700 tanques y 1500 aviones- al frente de Moscú. Eran tropas frescas, habituadas al frío extremo y bien pertrechadas de abrigo, que cayeron sobre los exhaustos y helados alemanes como un huracán de invierno. Rompieron el frente y los germanos retrocedieron en confusión, con el fantasma de la retirada de Napoleón en 1812 impregnándoles la mente. Fue en este momento en que Hitler tuvo el que quizá fue el último chispazo brillante de su intuición estratégica: ordenó a las tropas clavarse en el suelo, destituyó a los mandos que hesitaban y contuvo a un ejército que, si hubiera retrocedido, probablemente se habría desintegrado. Más adelante esa firmeza se convertiría en terquedad, pero ese fue otro asunto, vinculado más bien al cálculo político que a las necesidades militares y que prelude la fase vesánica y final de su carrera, cuando decidió hundirse arrastrando a Alemania consigo.

La derrota frente a Moscú y el contemporáneo ingreso de Estados Unidos en la guerra (la ofensiva rusa comenzó el 5 de diciembre y el bombardeo de Pearl Harbor por los japoneses se produjo dos días después) fueron el punto de inflexión del conflicto. Era el momento esperado por Churchill y el las provocaciones de Roosevelt: protección de los convoyes británicos hasta la mitad del Atlántico, provisión masiva a Gran Bretaña de material de guerra a través del acuerdo de Préstamo y Arriendo, Carta del Atlántico firmada con Churchill comprometiendo el esfuerzo conjunto de las potencias anglosajonas para acabar con las agresiones nazi-fascistas y japonesas: todo un conjunto de declaraciones y medidas que equivalían a un estado de semibeligerancia. El ataque japonés a la flota norteamericana en las Hawaii lo decidió a echar por la borda la prudencia que hasta ese momento lo había refrenado. Su declaración de guerra a los Estados Unidos para honrar su pacto con el Japón ha sido vista como un acto de demencia, pues le sacaba a Roosevelt el peso político de extender el estado de guerra, que ya existía con Japón, a Alemania; pero tenía un fundamento lógico. Se hacía evidente que la guerra relámpago en el Este había fracasado y que sería seguida por un largo período de guerra de desgaste; mantener a Japón en guerra contra Estados Unidos se

hacía indispensable para evitar que la Unión se volcara contra Alemania, manteniendo a los norteamericanos ocupados en el Pacífico. En el ínterin se podía intentar derrotar a Rusia en una segunda campaña, en 1942. En consecuencia convenía dejarse de dilaciones y refrendar un pacto con Japón cuyo incumplimiento podría determinar que los nipones buscasen a mediano término un arreglo con Estados Unidos.^{xix} Hitler no conocía la decisión anglo-británica que priorizaba la derrota de Alemania por encima de cualquier otra opción. De todos modos, la participación plena de los estadounidenses en el conflicto global ya podía darse por descontada.

El vuelco del destino

Así nombró Churchill en sus memorias al momento de la segunda gran guerra en que se invirtieron las tornas: el otoño boreal de 1942, cuando los británicos ganaron la batalla de El Alamein y dieron fin a la maniobra de pinzas del Eje que apuntaba a unir al ejército de Rommel con las tropas alemanas que bajaban hacia el Cáucaso y el Medio Oriente; cuando los norteamericanos volcaron la balanza a su favor en el Pacífico tras ganar en Midway y Guadalcanal, y cuando -lo realmente decisivo- los soviéticos rompieron el frente alemán y rodearon al VI Ejército de Von Paulus en Stalingrado. En ese momento las dudas que todavía podían existir respecto del final de la guerra se disiparon en gran medida: Alemania no podía vencer a los rusos ni siquiera cuando estos todavía combatían casi en solitario; tampoco podían desbordarse hacia el Asia central para hacer contacto con los japoneses en la India, y los recursos de la Gran Alianza entre Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética, puestos en marcha, iban a aplastar irrevocablemente a sus enemigos.

La composición de lugar que Winston Churchill se había hecho del destino de su país antes de la guerra no ignoraba el punto de vista pesimista que tenían los apaciguadores respecto a los recursos del imperio para sobrellevar el choque. Pero su temperamento lo llevaba a estimar que en suma este sería superable. Sobre todo su noción de una comunidad anglófona, su origen medio americano y su visión geopolítica lo predisponían a aceptar una asociación estrecha con el primo del otro lado del Atlántico, incluso sabiendo que en última instancia Gran Bretaña habría de perder algunos jirones de su poder en el negocio. Claro que no imaginaba esa pérdida a la escala que en definitiva se verificaría después de la guerra mundial; pero en cualquier caso se ilusionaba con defender la cuota británica de poder en el frente aliado con uñas y dientes, y de acuerdo a la visión tradicional de los ingleses: la aproximación indirecta. El punto clave era derrotar a Alemania. Inglaterra por sí misma no podía hacerlo, ni siquiera junto a Francia, como había quedado demostrado en 1940; podía sobrevivir por un tiempo; pero, a mediano plazo, sola, iba a ser arrollada por el poderío alemán, al que se sumaba la molestia italiana en el norte de África y el efectivo peligro que suponía el Japón en el Extremo Oriente. La economía británica, por otra parte, estaba en bancarrota por los gastos de guerra. Sólo la participación norteamericana en la batalla podía, primero, garantizar el abastecimiento y el blindaje de la isla contra una invasión y, segundo, crear una fuerza lo suficientemente poderosa para desembarcar en Europa e imponerse sobre Alemania. Si Rusia participaba de ese frente era infinitamente mejor, aunque había que contar con la posibilidad de un colapso del despreciado bolchevismo frente a la eficiencia germana.

El curso de la guerra iba a reforzar el punto de vista churchiliano en el sentido de evitar en lo posible un choque directo con Alemania antes de que el poderío de esta se hubiese desgastado. La clave residía en la capacidad de resistencia y resiliencia del aliado soviético. A la postre esta se reveló muy superior a lo esperado. Millones de soldados soviéticos cayeron en los frentes, enormes extensiones de territorio fueron arrasadas dos veces, primero por los rusos con su política de tierra quemada ante el avance alemán, y luego lo mismo a cuenta de los alemanes cuando se retiraban; la tasa de mortalidad por hambre, miseria, represalias antipartisanas y exterminio de la población judía fue gigantesca: en el sitio de Leningrado, solamente, un millón de personas pereció de hambre. Pero todo este daño no alcanzó para quebrar la moral de un pueblo rígidamente encuadrado por un gobierno totalitario, que en el curso de la guerra renovó sus mandos militares y convirtió o reconvirtió al Ejército Rojo en una fuerza de primer nivel, sostenido por una base industrial capaz de dotarlo de infinitos suministros, a los que se sumaban las importantes de provisiones y trasportes provenientes de los países aliados. Pero por supuesto que estas últimas no se equivalían a lo que hubiese significado la apertura de un segundo frente en la costa francesa. Ello determinó que por el lado ruso se levantara un clamor –reproducido por los PC pro-soviéticos de todo el mundo- exigiendo un desembarco aliado en la costa atlántica. De parte de los occidentales hubo una actitud de coincidencia teórica y de reserva práctica: se buscó pagar el pasaje sobre todo con la ofensiva aérea contra Alemania, que infligió enormes sufrimientos y daños, pero se postergó la apertura del segundo frente en Francia hasta junio de 1944 –tres años después de que la URSS entrara en guerra y dos y medio después de que EE.UU. ingresara al conflicto- librando en el ínterin batallas en la periferia, en África del Norte e Italia, mientras se posponía de un año para otro el desembarco tan esperado por Moscú. Las razones de este retardo eran mixtas: por una parte no era fácil preparar un desembarco en gran escala y entrenar y abastecer a los ejércitos norteamericanos en un muy corto tiempo; por otra, los ingleses, con Churchill a la cabeza, intentaban reeditar su vieja práctica de la aproximación indirecta, adecuándola a la naturaleza del presente. El premier británico que, como en ocasión de Gallípoli, tendía leer los mapas aplanando su relieve y priorizando las opciones intelectualmente elegantes que proponía un tablero de ajedrez donde no había montañas ni ríos sino fichas en movimiento, se enamoró de su teoría del “vientre blando de Europa” para acceder desde el sur al corazón del continente. Esa hipótesis poética tenía sin embargo un núcleo práctico: ni la montañosa península italiana ni los ásperos Balcanes ofrecían un terreno fácil ni apto para el despliegue de grandes ejércitos; pero, si no aproximaban a Berlín, acercaban al valle de Danubio y a la Europa central, lo que establecería una barrera al avance soviético hacia el corazón de Europa.

La concepción no fue muy apreciada por los norteamericanos, que eran conscientes de lo fragoroso del terreno y sobre todo de la imposibilidad de imponer su superioridad masiva en hombres y material en un escenario tan difícil y limitado. Por otra parte, después del fracaso alemán por reducir la bolsa de Kursk en julio del 43 y del comienzo de las victoriosas ofensivas escalonadas de los soviéticos en el frente oriental, se hacía evidente que los rusos estaban en condiciones de acorralar a Alemania y eventualmente derrotarla por sí solos. Eso hubiera puesto a Europa bajo su influencia, opción intolerable y peligrosa para occidente y para el sistema capitalista. El mando estadounidense, que después de Stalingrado había reducido su programa de

reclutamiento concebido en un principio para un choque frontal con Alemania de consuno con Gran Bretaña, no había por esto abandonado la idea de que, si el enemigo principal a vencer era Alemania, el aliado soviético podía convertirse rápidamente en el enemigo soviético, una vez desaparecido Hitler de la escena. La misma concepción animaba a los mandos británicos y muy en especial a Churchill, aunque la opción de un reparto del poder en el continente europeo siguió en vigencia y determinó los arreglos a que los aliados llegaron en Teherán y Yalta. La evidencia del progreso ruso —y la persuasión de que el bombardeo estratégico y, sobre todo, las bajas en el frente oriental, habían quebrado el espinazo de la potencia alemana— llevó a la operación Overlord, que el 6 de junio de 1944 puso en las playas de Normandía a los ejércitos angloamericanos en disposición de abrirse paso, por las llanuras del norte de Europa, hacia el Rin y hacia el corazón de Alemania. La “Festung Europa” (la fortaleza Europa) cedió y aunque la lucha se prolongó diez meses más, la suerte quedó echada.

Al final el choque frontal fue el que decidió la suerte del conflicto, pues el triunfo sobre el nazismo fue esencialmente una victoria soviética. Pero fueron los que hicieron el menor sacrificio los más beneficiados, porque quedaron en una posición de superioridad militar frente al desangrado y exhausto oso ruso, al que sin embargo cargaron con la culpa de ejercer una coerción criminal sobre los pueblos de Europa central y oriental cuyo territorio la URSS necesitaba para erigir un glacis defensivo que la protegiese de un eventual resurgimiento alemán y de una posible ofensiva de los aliados que estaban alineándose rápidamente en su contra. Antes incluso de que terminasen las hostilidades Churchill había tejido hipótesis bélicas para acudir en socorro de Polonia en riesgo de ser agobiada por los rusos. “Unthinkable”, “Impensable”, se llamó en código a un plan de contingencia elaborado por el estado mayor inglés, por orden del primer ministro, para oponerse con tropas británicas, norteamericanas, polacas y... alemanas, incluidas las Waffen SS, a la expansión rusa en ciertas áreas del territorio polaco. La operación era efectivamente “impensable” en ese momento dado el estado de ánimo de las tropas y de la población europea y su probable reacción al ver reencenderse la guerra. Una jugada semejante hubiera llevado a la guerra civil en Francia y en Italia, y a un probable amotinamiento de los efectivos norteamericanos y británicos que daban la guerra por finalizada, pues no se les ocurría que hubieran de enfrentarse al aliado ruso y clamaban por su desmovilización y la vuelta a casa. Pero el núcleo de la idea estaba presente en la imaginación de Churchill y no fue casual que un par de años después, en su célebre discurso de Fulton, retomase la expresión del ministro de Relaciones Exteriores del gobierno Doenitz —el último gobierno nazi, posterior al suicidio de Hitler— el conde Schwerin von Krosigk, sobre “la cortina de hierro que avanza desde oriente”.^{xx}

La dimensión aberrante

Falta, para redondear este juego comparativo entre dos de las personalidades más dominantes del siglo XX en el ámbito de la política global, examinar el punto más tenebroso de su psiquis: su predisposición al crimen masivo, al genocidio. Si respecto a Hitler este asunto no ofrece dudas para la opinión pública, en el caso del político inglés la observación parece inapropiada. Y sin embargo...

En Hitler la fijación antijudía, que culminaría en la operación Noche y Niebla, y en el exterminio de millones de hijos de esa raza, provenía de sus años más jóvenes y se nutría del difuso odio contra los judíos que existía en la población centroeuropea, y en Polonia y Ucrania, donde el ascenso de las corrientes nacionalistas tendía a execrar a los que consideraban agentes del poder central, fuese moscovita o vienés, a los que acompañaba el sambenito de haber sido “los asesinos de Cristo” y de haber fungido como adelantados del capitalismo en un mundo feudal, en calidad de prestamistas, comerciantes y eventualmente usureros. Ese resentimiento genérico debe sin embargo haber experimentado en Hitler un incremento explosivo por el rol que les atribuyó como vectores de la revolución rusa y de la caída del Reich, operada por “los criminales de Noviembre”, que en ese mes de 1918 derrocaron al káiser, proclamaron la República y “apuñalaron por la espalda” a las tropas alemanas que todavía estaban en el frente en Francia.xxi

En la guerra se cometen atrocidades. Son su acompañamiento casi natural. Pero hay una diferencia muy marcada entre las atrocidades suscitadas por las necesidades contingentes o producidas el calor de la batalla, y los crímenes fraguados con deliberación fría, fundados en el cálculo o en la disposición a aprovechar, en los vaivenes de la guerra, la oportunidad de dar salida a odios ancestrales o a una indiferencia respecto al Otro que lo reduce a una entidad nula, prescindible como un objeto. Los testimonios existentes acerca de la voluntad de los nazis de acabar con la judería europea no implicaban en principio su exterminio sino más bien su erradicación a través de la desposesión de sus bienes y de la expulsión. Se tejieron planes para enviarlos a Madagascar o, incluso, a Palestina, pero Hitler se preocupó de dejar bien en claro que, si estallaba una guerra europea, el destino de los hebreos estaría sellado. Hubo muchas declaraciones en ese sentido, públicas y privadas, pero la más explícita fue la de su discurso ante el Reichstag, el 1 de enero de 1939, donde dijo: ...”Hoy quiero ser de nuevo el profeta: si el judaísmo de la finanza internacional en Europa o de otro lugar consiguiese nuevamente arrojar a los pueblos a una guerra mundial, el resultado no será la bolchevización de la tierra y la victoria del judaísmo, sino la aniquilación de la raza judía en Europa”. xxii

Los primeros pasos de la guerra en Polonia se señalaron ya por una indescriptible brutalización en el trato dado a los judíos en el territorio ocupado, y ese rasgo se vio incrementado a gran escala después de la invasión a la URSS, donde los “Einsatzgruppen” o grupos de tareas procedieron a exterminio sistemático de la población judía, sin atención al sexo o la edad de las víctimas. Esta progresión experimentó un salto exponencial no bien Estados Unidos entró en la guerra: la guerra relámpago había terminado, la nueva fase sería prolongada y su definición sería a todo o nada. Por consiguiente era hora de practicar la Solución Final para el problema judío, sin preocuparse de componendas. Los trazos generales de la operación fueron definidos en la conferencia de Wannsee, en los alrededores de Berlín, en enero de 1942, donde altos representantes de la policía y de los servicios de seguridad se reunieron para decidir el destino de los judíos que se encontraban comprendidos dentro del área de la dominación alemana. Aunque la palabra “exterminio” no aparece en los textos de la reunión, redactados de acuerdo a un lenguaje burocrático, el sentido final del reordenamiento de los millones de personas sujetas a las disposiciones que se dictaban allí, estaba claro. Se trataba de un traslado masivo de personas –

hombres, mujeres y niños- al Este a fin de preservar a la retaguardia alemana de elementos hostiles o nocivos, y de aplicarlos a la construcción de carreteras, "tarea durante la cual, indudablemente, -dice el texto de una de las actas, rubricada por Reynhard Heidrich- una gran parte serán eliminados por causas naturales. Los del posible remanente final, al formar parte, indudablemente, de la porción más resistente, tendrán que ser tratados de acuerdo a esta condición, como la selección natural que representan, ya que en caso de ser liberados actuarían como la semilla del renacimiento judío." xxiii

No existe ninguna referencia a una orden directa de Hitler respecto al exterminio sistemático de los judíos, pero es evidente que nadie en el gobierno o en el partido iba a asumir semejante responsabilidad sin una decisión superior en ese sentido. Y mucho menos en un mundo que se regía por el "Führerprinzip". Todo esto es bien sabido y no requiere de mayor explicación. O bien esta tiene que provenir del ámbito de la psicopatología más que del de las ciencias sociales. Lo grave es que, con otras características y de manera más vergonzante y más hipócrita, políticas de esta naturaleza siguen siendo practicadas hoy o tomadas en consideración en los niveles más altos, y son naturalizadas por el discurso mediático hasta el punto de hacerlas invisibles a la conciencia de amplias masas de público. Véanse si no las secuelas del accionar imperial en África, Medio Oriente, Asia, América latina; las hambrunas que causan las guerras, los refugiados sin meta ni lugar donde reposarse; las deformaciones en el desarrollo –físico, psíquico y económico- provocadas por los embargos que se prolongan indefinidamente; la desintegración deliberada de los estados y su fragmentación en fracciones incapaces de autosustentarse, etc. Y eso que no existe –todavía- una condición de guerra total que brinde la excusa perfecta para el vale todo.

Pero si Hitler fue determinante para el proceso de exterminio de la población judía de Europa, ¿qué crimen comparable puede atribuirse a Churchill? Dejemos de lado por un momento la responsabilidad que tuvo el primer ministro inglés en los criminales bombardeos "en alfombra" practicados contra las ciudades y la población civil de Alemania por la RAF a partir de 1942, que buscaban producir una destrucción indiscriminada, aterrorizar a la población e inducirla a rebelarse contra el gobierno nazi. Ahí podía invocar todavía el deseo de saciar el espíritu de venganza contra los bombardeos alemanes de Inglaterra en 1940-1941, aunque estos hayan sido de una envergadura muy inferior a los practicados luego contra Alemania y hayan estado dirigidos en cierta medida contra objetivos militares, bien que enclavados en áreas densamente pobladas por civiles, como los muelles de Londres, los puertos sobre el Atlántico o las fábricas de motores de aviación y municiones en Coventry.

El lugar donde Churchill de alguna manera se iguala a su contraparte alemana es en la perspectiva que tenía y el trato que daba a las etnias que asumía como inferiores. Este rasgo está comprobado por expresiones explícitas que en más de una ocasión tuvo respecto al empleo de gases venenosos contra los "pueblos inferiores", en especial en ocasión de las revueltas que hubo en Irak después de la primera guerra mundial y que fueron severamente reprimidas por la aviación británica. Churchill, que por entonces era ministro de Colonias, estimó que era "legítimo" castigar a pueblos atrasados con armas que los occidentales habían probado ya sobre sí mismos en la Gran Guerra. Durante la segunda guerra mundial Churchill estuvo en la raíz de una decisión administrativa

mucho más grave que llevó a un número indeterminado de civiles –alrededor de tres millones y medio, según la estimación de la Universidad de Calcuta- a la muerte por hambre en Bengala.

El bombardeo a Pearl Harbor no había sido sino el punto de partida de una vasta operación japonesa que irradiaba hacia el este y hacia el sur, con miras a levantar una barrera contra el contraataque norteamericano y para conquistar y asegurarse las provisiones de petróleo y caucho de las que Japón estaba desesperadamente necesitado y que se encontraban en los yacimientos de lo que por entonces se conocían como las Indias Orientales Holandesas (hoy Indonesia), así como en Malaya y en Birmania (Myanmar). Tras una sucesión de derrotas navales y de catástrofes militares los británicos fueron prácticamente barridos del sudeste asiático. Fueron hundidos dos acorazados principales, el Prince of Wales y el Repulse; cayeron Java, Sumatra, Borneo, Malaca, la fortaleza de Singapur y Birmania, y los japoneses se encontraron a las puertas de la India, donde hervía un sentimiento independentista que amenazaba desbordar el marco del Partido del Congreso, la fuerza que bajo la dirección de Gandhi y Nehru lideraba la lucha por la independencia. Las derrotas militares habían provocado que una catarata de refugiados desbordase la frontera con Birmania, agravando la situación alimenticia en el subcontinente. El pánico a la invasión japonesa había inducido a los ingleses a destruir miles de embarcaciones fluviales. Bengala oriental estaba llena de canales y la única forma de transportar alimentos era la vía acuática. La falta de embarcaciones aisló a muchas comunidades, privándolas de sus medios de subsistencia y de transporte. Cuando se hizo evidente el riesgo que se corría, las autoridades dieron la alarma y solicitaron que ingentes cantidades de provisiones que estaban en camino desde Australia y Nueva Zelanda para alimentar a las tropas británicas en el Medio Oriente, fuesen desviadas a la India, para aliviar la crisis. En ese momento tropezaron con una negativa cerrada de parte de Churchill, quien hizo gala del desinterés e incluso del desprecio que sentía hacia los pueblos “inferiores”. “Si quieren comer, que maten las vacas que andan por ahí”, dijo, en alusión al tabú que prohíbe a los hindúes comer la carne de ese animal sagrado. xxiv Más otras observaciones que aludían a la predisposición de hindúes a “reproducirse como conejos”. Hay un regusto eugenésico en estas menciones y cabe preguntarse si el maltusianismo no está profundamente enraizado en la mentalidad de las clases dominantes del capitalismo.

Una prueba la estaríamos teniendo hoy mismo, como lo demuestra el posicionamiento de tipos del corte de Jair Bolsonaro, Mauricio Macri, Mario Vargas Llosa, Boris Johnson o Donald Trump frente al tema del corona virus. Para ellos lo esencial pasa por que no se interrumpa el flujo económico y se recorten las “libertades fundamentales” y no se consienta al socialismo o al populismo o incluso a un régimen capitalista sensato instalar un contralor “autoritario” en el campo de la economía. Ante esto hay que tornarles la oración por pasiva. El autoritarismo en el campo económico es, de hecho, el dato básico de la llamada libertad de mercado, donde lo que cuenta es la prepotencia del más fuerte. Esa es la razón por la cual el liberalismo económico a ultranza abomina del Estado, que se supone debería servir para introducir un equilibrio entre los más poderosos, que concentran incesantemente el beneficio, y el grueso de la sociedad que se ve imposibilitada de acceder tanto al crédito como a las ventajas que suponen una educación de

excelencia y una disposición dineraria que consiente diversificar los logros a nivel individual y colectivo e incrementa incesantemente la acumulación dineraria.

Pero volvamos a nuestros personajes. Como por arte de birlibirloque la hambruna en Bengala quedó como una referencia al pie en los libros de historia sobre la segunda guerra mundial. La estrella de todos los genocidios fue el Holocausto del pueblo judío. Nadie va a negar la enormidad del crimen cometido por los nazis, pero la muerte por hambre de millones de seres humanos abandonados a su suerte por desidia o por una indiferencia nacida del desdén propio de una casta dominante respecto a los pueblos "inferiores", no es un crimen inferior ni más disculpable. En el primer caso hubo una deliberación sistemática apuntada al exterminio de una raza, nacida de un odio activo; en el segundo de los casos el aplastamiento de millones de seres por una lápida de pesada indiferencia. No se sabe qué es peor.

Balance

Llegados aquí cabe terminar con una comparación respecto al legado de los dos protagonistas de este artículo en el desarrollo de la historia contemporánea. Ya hemos hablado de la significación de los individuos en el curso de la historia. Esta tiene su propia pulsión interna originada en los movimientos del magma social, pero que no por eso deja de ser susceptible a la acción de los personajes singulares. La influencia que Churchill y Hitler ejercieron en los hechos fue cualquier cosa menos desdeñable. Lo singular fue que a ambos les tocó presenciar el fracaso de sus sueños. En el caso del inglés hubo de presenciar, en la posguerra, el hundimiento del imperio que había jurado preservar. El imperio británico se deshizo suavemente. Se trató de una retirada en orden, que consintió a los ingleses salvar la cara y por muchos años todavía seguir ejerciendo el papel de una potencia de segundo orden, a la sombra de los Estados Unidos, pero no por esto el curso de las cosas dejó de dar razón a los jefes conservadores que en los años anteriores a la guerra habían preconizado el apaciguamiento y a los que Churchill combatió con encono. A este punto no se le ha prestado mucha atención, prefiriéndose refrendar la leyenda que muestra al gran estadista inglés como profeta que intuía la maldad irreductible de hitlerismo. Pero la oposición de Winston al nazismo no nacía solamente de su desprecio por los rasgos despóticos y racistas del régimen alemán, sino de la amenaza que representaba para el sistema de balance europeo y mundial.



Nuremberg en ruinas, al finalizar la guerra.

Al jefe alemán le tocó protagonizar una peripecia catastrófica. Fue calamitosa, pero revolucionaria, en el sentido negativo del término; al respecto cabe la cita que Alan Bullock hace del epitafio en la tumba del arquitecto Christopher Wren en la catedral de San Pablo: “Si monumentum requiris, circumpisce” (“Si quieres ver el monumento, mira a tu alrededor”) con que el historiador inglés cierra su primera biografía de Hitler. Un mundo terminó con la segunda guerra mundial, pero del escenario en ruinas que dejó no brotó ninguna catedral equiparable a

la original: solo un universo cuajado de tensiones cada vez mayores y que ha adoptado y puesto en práctica las políticas del nazismo con mayor hipocresía. Goebbels es un pigmeo al lado de Rupert Murdoch y de los grandes conglomerados de la comunicación, íntimamente relacionados a la usinas de inteligencia de las grandes potencias. La confusión informativa, el lavado de cerebro y el atontamiento de las masas frente a una realidad que hiere la vista, son de una magnitud que inhibe las capacidades de reacción de la gente. Uso la palabra gente en vez de pueblo porque en esta traslación semántica instalada por el lenguaje comunicacional reside una verdad profunda: la de que el actual sistema capitalista ha normalizado en los medios la noción de que el pueblo, en cuanto protagonista de una voluntad de poder capaz de incidir en el curso de las cosas, ya no existe; que en su lugar hay una masa amorfa librada a los deseos –casuales, fugaces, prefabricados- difundidos por el sistema de consumo. Esta ignorancia de los datos profundos de la realidad permite la existencia de un poder difuso, asentado en los bancos, bolsas, “think tanks” y organismos de inteligencia que se ocupan de diseñarnos el futuro. La “gente”, en definitiva, es “público”, y en tanto tal no tiene más que admirarse, embobarse, enfurecerse o asustarse ante los fantasmas que desfilan frente a ellas. Con lo que resulta, en consecuencia, fácilmente manipulable.

Es posible que una reacción en contra de esto se encuentre en la base de este escrito y de la ocurrencia de trazar un cuadro comparativo entre Hitler y Churchill. Verlos actuar, por mucho rechazo o de la eventual empatía que en algún momento puedan generarnos, nos pone en contacto con una realidad viviente y terriblemente sangrienta. La de hoy no lo es menos, pero parece desfilan por una pantalla de televisión; para muchísimos suena remota y poco importante. Reconectarnos con un pasado manifiestamente dramático puede ayudarnos a discernir el drama más silente que se opera hoy bajo nuestros ojos y que los medios naturalizan hasta el punto de hacerlo casi invisible. En cierto modo la trayectoria de los personajes que nos han ocupado cerraba una época y gestaba el paisaje que nos rodea. Estaban clausurando una época revolucionaria que había implicado una búsqueda. Ahora pareciera que estamos librados al azar, que las grandes corrientes que recorren el planeta no responden a ninguna determinación, como no sea la del incremento de beneficio para las grandes concentraciones del capital. Falta la dimensión

contestataria en serio, que proponga un modelo alternativo equivalente a lo que fue el comunismo después de la primera guerra mundial, o la construcción de la democracia burguesa a fines del período absolutista. Es el momento que tan bien definiera Antonio Gramsci cuando dijo: “El viejo mundo se muere. El nuevo no aparece todavía. En este claroscuro nacen los monstruos”. Gramsci vivió y murió en la época de Hitler, Churchill, Mussolini y Stalin. Fueron personajes de diferente naturaleza y que convidan a sentir rechazo o bien una menor o nula simpatía hacia ellos, pero que ponían al problema del poder en el centro de sus preocupaciones. Lo que está vigente hoy también es la afirmación del poder por el poder mismo, pero ya sin la fascinación que suscitaban aquellos personajes. Convengamos en que ellos eran epígonos de una etapa de grandes batallas ideológicas, a la que cerraban con un pragmatismo que hacía de las ideas poco más que un trampolín para el ejercicio del poder. Pero todavía tenían una intensidad dramática que provenía de la identificación que se les prestaba respecto a la noción “romántica” del imperialismo, en el caso de Churchill, de la superioridad racial en el de Hitler, de la democracia plebeya en Mussolini y de la posibilidad de construir la utopía comunista en la tierra, en el de Stalin. Los representantes del poder hoy no parecen poseer ni siquiera la apariencia de esos atributos. Están desdramatizados, aunque el contenido de sus políticas ostente los mismos rasgos inclementes, atenuados por el barniz mediático, de las desarrolladas en los años '30. Esta falta de pintoresquismo no atenúa, sino agrava, la potencialidad cataclísmica de la actualidad. Pues cuanto menos prevenido se está, más difícil se hace resistir al choque. Y este, como lo atestigua la explosión del corona virus, puede estar a la vuelta de la esquina.

Notas

ⁱ Alan Bullock, “Hitler and Stalin, Parallel Lives”, Fontana Press, 1993.

ⁱⁱ Para darse cuenta de lo que realmente contó como factor determinante de derrota alemana debería bastar la cifra de víctimas que arrojó el conflicto en los principales países involucrados. Rusia tuvo más de 25 millones de muertos entre militares y civiles y Alemania orilló los siete millones de víctimas fatales, mientras que Gran Bretaña, incluidos los países de la Commonwealth, y Estados Unidos, juntos, no llegaron a sumar un millón de caídos, entre militares y civiles.

ⁱⁱⁱ El Nobel de Literatura que se le concedió en 1953, pese a que provocó cierto escándalo por tratarse de un escritor que no cultivaba la ficción o la poesía, estuvo bien atribuido. El volumen, el brillo, la habilidad descriptiva y el aporte documental de su obra podían, dentro del amplio espacio concedido a la arbitrariedad en ese tipo de premios, hacerle ameritar la recompensa. En cualquier caso, su concesión se adecuaba a las normas de un premio literario, cosa que no puede decirse de los Nobel de la Paz concedidos a Henry Kissinger o a Barack Obama, que no premiaban a personalidades pacifistas precisamente.

^{iv} François Kersaudy, “Winston Churchill”, ed. El Ateneo.

^v En su gran biografía inconclusa sobre Churchill: “The last lion”, A Laurel Dell Trade Paperback, U.S.A., 1989.

^{vi} Entre muchos otros testimonios, valen los recuerdos de Albert Speer en sus “Memorias”.

^{vii} Según la leyenda, durante los ataques de furia el Führer se tiraba al suelo y mordía las alfombras.

^{viii} Las tropas angloegipcias tuvieron 42 muertos y 380 heridos, mientras que las fuerzas mahdistas de Sudán sufrieron 12.000 muertos y 13.000 heridos, con el añadido de que muchas de las víctimas fatales africanas

fueron heridos ultimados después del combate. Los británicos usaron artillería ligera, ametralladoras Maxim y rifles de repetición cargados con balas dum-dum, más el apoyo de una flotilla de cañoneras que les proporcionaba fuego de cobertura desde el Nilo, mientras que los mahdistas disponían apenas de lanzas y de una mayoría de fusiles anticuados.

^{ix} Al que remodeló después de la guerra desde su cargo de ministro de Colonias, con la colaboración inapreciable de Lawrence de Arabia, de Gertrude Bell y de los expertos del Foreign Office y de la inteligencia británica.

^x Carl von Clausewitz (1780-1831), soldado, historiador, teórico militar y filósofo prusiano, autor del famoso tratado "De la Guerra", pieza fundamental de la ciencia militar moderna.

^{xi} En ese espacio de tiempo se ocuparon de apropiarse de las posesiones de Francia o de sus aliados ubicadas en la periferia. La intervención en lo que hoy es Haití, la toma del Cabo, en Sudáfrica, y los dos frustrados intentos en el Río de la Plata, en 1806 y 1807, formaron parte de esa estrategia indirecta.

^{xii} Ese fue el problema que Churchill intentó resolver sin éxito, como hemos señalado antes, con el desafortunado intento de forzar los Dardanelos.

^{xiii} Joachim Fest, "Hitler", Planeta, 2006, pág. 758 y siguientes; Alan Bullock, op.cit. págs. 597 y siguientes.

^{xiv} Joachim Fest, op. Cit. , pág. 903.

^{xv} Para un examen circunstanciado del problema de la insuficiencia de los recursos de Gran Bretaña librada a sí misma, del estado de ánimo de las tropas que volvían de Dunkerque y del impacto en la moral colectiva causado por el bombardeo alemán, ver Clive Ponting, "1940: Myth and Reality", Elephant Paperback, 1993.

^{xvi} Winston Churchill, "Su hora más gloriosa", ediciones Peuser.

^{xvii} David Irving, "La guerra de Hitler", Planeta, 1980, págs. 165, 166.

^{xviii} Basil Liddell Hart, "Histoire de la Seconde Guerre Mondiale", editions Marabout, 1985, pág. 150.

^{xix} Una relación bastante circunstanciada de ese episodio puede hallarse en la citación de una obra de E. Jäckel sobre la declaración de guerra a Estados Unidos en 1941, que hace Andreas Hillgruber en su libro "La distruzione dell'Europa". Il Mulino, 1993, pág. 233.

^{xx} Andreas Hillgruber, op. cit. Pág. 238.

^{xxi} En realidad el ejército alemán, aunque aún se mantenía en pie, estaba vencido, acorralado en una posición estratégica insostenible en el norte de Francia, sin muchas posibilidades de retirarse en orden y con la moral baja, exteriorizada por el alto número de prisioneros que cedía y por las numerosas deserciones. El mismo general Ludendorff -quien acompañaría cinco años más tarde a Hitler en el putsch de Munich-, aunque después se desdijo, solicitó del gobierno que pidiera un armisticio para evitar al ejército la vergüenza de confesarse vencido.

^{xxii} Hillgruber, op. cit. pág. 182.

^{xxiii} Wikipedia, en el artículo dedicado a reseñar el encuentro de Wannsee.

^{xxiv} Jawarhalal Nehru: "El descubrimiento de la India", editorial Sudamericana, Buenos Aires 1949, págs. 700-705; Ernest Mandel: "El significado de la segunda guerra mundial", ediciones IPS, Buenos Aires 2015, pags. 138-139.